

CUANDO LAS CULTURAS SE ENCUENTRAN

por JORDI DALMAU

Alguien afirmó que la guerra es la gran creadora de culturas. Una mirada a diez, veinte o treinta siglos atrás convencer de la verdad que encierra la frase. Pacifiquémosla y sustituyendo el vocablo guerra por «convulsión» *partiremos de aquí para considerar si la convulsión más moderna que han vivido y viven nuestras comarcas continúa convenciéndose de si hay o no verdad encerrada en la primera de estas líneas. Nos referimos a la convulsión que ha cambiado tantas economías, geografías y costumbres, y que se llama turismo.*

¿Qué es la cultura? Hay cierta confusión, o así parece. Unos encerrarían dentro de la cultura lo que es específico de la estricta enseñanza; otros dirían que es algo trascendente a la enseñanza de conocimientos, como algo que estuviese fuera del hombre y que éste, para alcanzarla, tuviese que esforzarse, creerse. Otros dirían que la cultura es un interior que hay que decorar con inteligencia, voluntad y sentimientos. Que el concepto no es claro y que cultura no es sinónimo de «conocimientos» lo dejaba bien patente un comentario del diario «New York Times» en el que se daban unos datos sorprendentes: *interrogados varios millares de estudiantes universitarios USA resultó que un 22 % no supo situar el Nilo en Egipto, un 91 % no supo los nombres de los países sudamericanos, y un 94 % ignoraba los nombres de los Estados de su propio país que bordean la costa del Atlántico. «Nuestros estudiantes tienen del mundo —decía el diario de Nueva York— un desconocimiento increíblemente amplio.» Pero no por eso se puede decir, absolutamente, que falte cultura en Estados Unidos, donde por otra parte sólo un 4 % de la población total es analfabeta (mientras que otros países tenidos por cultos llegan a un altísimo coeficiente, como Italia, 21 %).*

Cultura no es almacenar conocimientos, tan sólo. Quien practica una sola disciplina del saber *no por eso es hombre cultivado; cultura es al mismo tiempo iniciación amplia a toda la*

aportación intelectual, artística y política, es equilibrio armónico de conocimientos, siempre teniendo en cuenta los valores humanos. Hombre culto es el que aprende a dominar y juzgar las cosas de su tiempo. En resumen, cultura es un pozo profundo que se llama humanismo y de donde se van aflorando un día la investigación científica, otro las obras literarias, luego las normas de la convivencia en paz, más tarde el progreso de la agricultura, otro día la civilización del ocio, el pensamiento abstracto, el arte actual; todo es cultura si es humanismo profundo. Todo es cultura, y más trascendente que saberse memorísticamente que el río Nilo está en Egipto, pongamos por caso.

La convulsión turística nos ha dado un característico tipo de cultura. Ciertamente, el fenómeno es sugeridor de los más variados estudios; realizada ya alguna aproximación sobre la realidad de nuestras comarcas litorales, ha hallado la sociología unas notas positivas y otras negativas; entre las primeras se destacan el beneficio económico, la revitalización de los pequeños pueblos, la creación de servicios, una aspiración hacia el progreso, y un afán de superar rutinas; como notas negativas suelen nombrarse el aumento de servilismo, el abandono de trabajos dignos y formativos, *vivir al día, la implantación de formas de vida muy discutibles, y el descuido de la gama de instituciones que era la vida de los pueblos en el sentido espiritual.*

Este balance, positivo o negativo, gustará o no, arroja unas peculiares notas culturales. Desde el acelerado estudio de idiomas «contra temporada», hasta la casi milagrosa financiación de obras, inverosímiles de solemnidad, ha sido el esfuerzo creador de nuestras gentes el que ha abierto cauces insospechados al trabajo humano, civilizado, culto. Como una guerra, pero pacífica.

Y también es cierto que con el turismo nos ha entrado una cultura de evasión, que planta en nuestros pueblos el trono de la diversión



GERONA. — Arco del Palacio del Vizcondado

prefabricada, el esparcimiento a ritmo de importación; de ahí que la juventud se enrole tan fácilmente en esa cultura, porque la juventud —que es pensamiento y vida unidos íntimamente— se manifiesta con sinceridad tal como es, no tiene necesidad de guardar apariencias, y asimila fácilmente lo superficial de cuanto llega al país cabalgando el multicolor vehículo del turismo internacional.

Salvador Pániker, en su extraordinario libro «Conversaciones en Cataluña», habla certeramente de los «catalanes hombres de acción» y dice que son empresarios, generalmente; «si intercambiaran sus puestos nadie lo notaría; su talento supremo es la síntesis y con ello la capacidad para tomar decisiones realistas, son partidarios de ir pronto al grano, actitud que presupone la existencia de un grano.»

Este es el «grano» de nuestra actualidad cultural. Encaradas al turismo, nuestras comarcas están contruyéndole, aprehendiéndole.

Es un excelente campo o —para ser más exactos— es una soleada playa para que nuestras entidades llamadas tradicionalmente culturales se acerquen a la realidad para estudiarla debidamente. Nuestra época, que tanto desea respetar la diversidad de culturas, recibe una visita domiciliaria traída por todos los vientos

del mundo. En el respeto mutuo, cada cultura debería rivalizar con las demás, no imponiéndose onerosamente ni desapareciendo servilmente, hoy que la consagración de la diversidad de culturas ha sido hecha tanto por las más modernas Encíclicas como por la Declaración de los Derechos del Hombre.

Nuestra cultura tenía unos matices que en pocos años han sufrido variación, indiscutiblemente. Eran los matices de que habla José Jiménez Lozano: «La cultura es algo muy complicado y lleno de infinitos matices, y en esto se distingue un hombre culto del que no lo es: el hombre culto duda, matiza, se desdice, no se atreve, tarda en emitir un juicio y le rodea de precauciones; el que carece de cultura afirma rotundamente, explica todo, lo sabe todo, no conoce la duda ni el miedo, está seguro, acepta cualquier explicación y cuanto más irracional, mejor.»

Sería buena cosa meditar si en el remolino turístico todavía somos capaces de «dura», «matizar», «desdecirnos», «no atrevernos», o si por el contrario no conocemos el miedo y aceptamos «cualquier explicación».

Nuestra entrañable cultura popular merece la meditación.